



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

“Prescindir de la mirada del otro, una apuesta que se sostiene en el juego”

Ensayo

Autora: Martina Carrizo

Legajo: C-6434/3

DNI: 43.428.323

Docente responsable: Julieta Ciurluini

ÍNDICE

Resumen	3
Introducción.....	4
Desarrollo.....	6
1- La alternancia hecha cuerpo.....	6
2- La mirada como esbozo de la presencia del Otro	8
3- La presencia como fundamento de la construcción del cuerpo	10
4- Funciones del jugar: El cuerpo y la imagen.....	12
Conclusión	13
Bibliografía.....	15

Resumen

Este escrito se inicia a partir de un juego de miradas donde la alternancia presencia-ausencia no se sostiene sobre un objeto sino en la mirada del otro. La ausencia de la mirada del otro es lo que funda el escondite, el cual se propone leer en términos de pérdida de la imagen del cuerpo. Esta relación se apoya en la observación freudiana que se esconde en un pie de página de “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920), esta será la clave fundamental para sostener la presencia de la mirada del otro como sostén fundamental de la imagen del cuerpo. Siguiendo esta clave de lectura se abordarán conceptos fundamentales del campo psicoanalítico tales como la presencia del otro y el estadio del espejo. A partir de esto se sostiene como hipótesis que el juego de miradas da cuenta de una función del juego que precede a la simbolización de la ausencia, ya que con lo que se juega es con la posibilidad de prescindir de la mirada del otro en tanto sostén, ausencia que se busca en tanto es seguida su reaparición. De esta forma, la pérdida de la imagen que implica no es devastadora, sino que se traduce en el juego como escondite, estando el reencuentro marcado por la risa. A partir de lo que el juego y la observación freudiana ilustran, así como del análisis del estadio del espejo de Lacan, se sostiene la diferencia entre la materialidad del cuerpo y la imagen.

Palabras clave: **Mirada del otro, cuerpo, imagen, juego, sostén.**

Introducción

Las preguntas que movilizan este escrito se desprenden de una escena de juego con una niña de diez años con la que trabajé como acompañante terapéutica, este se sostuvo en los inicios del acompañamiento creando un intervalo en la escena escolar. Consistía en un juego de miradas, era una escondida donde el escondite se fundaba al esquivar mi mirada. Ella desviaba el rostro sonriendo de forma pícara, para luego dar lugar al reencuentro de las miradas donde el juego concluía con la risa. Con el tiempo este se perdió dando lugar a otros juegos tales como el tateti, el ahorcado y el tutti-frutti, donde no sólo mediaba la hoja y la escritura, sino que iban acompañados de pequeños comentarios, relatos donde podía historizarse en relación a otros y en un tiempo y espacio.

¿Por qué tomar ese juego como punto de partida? Inicialmente la escena me retornaba pero no encontraba las palabras para decir qué era lo que me había llamado la atención de la misma. ¿se debía únicamente al asombro propio de los inicios en la práctica? Ahora me atrevo a decir que era más bien la diferencia con lo leído lo que me despertaba tanta curiosidad.

Una de las lecturas respecto al juego que predomina dentro del campo psicoanalítico ha sido elaborada a partir de los desarrollos de Sigmund Freud en “Más allá del principio del placer” (1920), texto donde describe el juego de su nieto situándolo en relación a la compulsión de repetición. Partiendo de dicha escena diferentes autores sostienen que la función del jugar es posibilitar la simbolización de la ausencia por medio de la alternancia presencia-ausencia sobre un objeto, proponiendo de esta forma el *fort-da* como paradigma del juego infantil. Al intentar abordar el juego de miradas desde esta lectura algo empieza a resquebrajarse, ya que la alternancia no reposa en un objeto sino en los cuerpos mismos, donde no es un ocultar sino un ocultarse.

En el juego de miradas el escondite era construido por la niña a partir de esquivar la mirada del otro, no era esconderse detrás de algo sino jugar con esa intermitencia cuyo ritmo ella misma iba delimitando. De esta forma el ser mirada-no ser mirada se correspondía a la presencia - ausencia de su propia imagen, donde la ausencia de la mirada del otro era el fundamento del escondite.

A los fines de sostener esta lectura propongo retomar otro punto de “Más allá del Principio del Placer” (1920), considerar la observación freudiana que se esconde en un pie de página. Freud detalla una escena que da cuenta de la incidencia de la presencia - ausencia de la madre en la relación del niño con su imagen. Esto permite ubicar el mecanismo de la alternancia ya no en un objeto, sino en las idas y venidas de la madre, donde la ausencia implica la pérdida de la imagen.

La relación que se traza tanto en el juego como en la observación freudiana entre la mirada del otro y la imagen del cuerpo me lleva a preguntarme ¿qué lugar tiene el otro como quien mira? ¿Qué implica que esta relación sea algo que se pueda poner a jugar?

Tal como situaba anteriormente el juego de miradas da cuenta de un jugar que no corre por los carriles de la simbolización de la ausencia. Me interesa sostener en calidad de hipótesis que lo que se pone a jugar es la posibilidad de prescindir de la presencia del otro, de su mirada como sostén fundamental. Que esto se ponga a jugar implica que la ausencia es seguida de la presencia, es decir que se puede perder este sostén con la condición de que se lo pueda volver a encontrar.

A partir de esto se despliegan los articuladores conceptuales fundamentales que guiarán este ensayo. En primer lugar, la mirada del otro como sostén, a partir de la cual se profundizará en el estatuto de la presencia del otro. Por otra parte, tanto el juego de miradas como la observación freudiana destacan la diferencia entre la imagen y la materialidad del cuerpo, ya que el cuerpo persiste más allá de la pérdida de la imagen. Este último punto remite directamente al estadio del espejo propuesto por Lacan, donde al retomar dicha escena se señalará el estatuto fundamental que el otro tiene como sostén de la relación especular.

La relación que el juego traza entre la alternancia de la mirada del otro y el andamiaje del estadio del espejo es lo que se buscará interrogar a lo largo de este escrito

Desarrollo

1- La alternancia hecha cuerpo

La propuesta de este ensayo toma como punto de partida un juego de miradas. Este se sostuvo con una niña de diez años en los inicios de un acompañamiento terapéutico. Lo que me llevó a tomar este como fundamento del ensayo fue que justamente ponía en tensión algunas lecturas que dentro del campo psicoanalítico limitan la función del juego a la simbolización de la ausencia. Posición desde la cual se propone pensar el mecanismo de la alternancia presencia-ausencia sobre un objeto como paradigma del juego infantil.

Considero que la particularidad del juego de miradas se desprende del hecho de que el escondite no se originaba ocultándose detrás de algo sino esquivando la mirada del otro, es decir que prescindía de un objeto. A partir de esto es posible ubicar que la alternancia de la presencia-ausencia, mecanismo fundamental del juego, se materializaba en los cuerpos mismos. La presencia - ausencia de la mirada del otro era la que se ponía a jugar, lo cual tenía como correlato la pérdida de la imagen del cuerpo señalada por la emergencia del escondite, la creación de un lugar donde no se es visto.

Es en “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920) donde se ubica la alternancia como mecanismo central del juego, texto que marca un punto de viraje en la teorización freudiana. Dado que excede ampliamente la propuesta de este escrito no profundizaré en las implicancias teóricas y prácticas de este viraje, pero me interesa señalar brevemente la modificación que trae aparejada en la conceptualización del juego. Freud, en “El creador literario y el fantaseo” (1907) ubicaba el jugar en relación al principio del placer, donde justamente la elaboración del juego permitía que situaciones displacenteras puedan devenir placenteras en el jugar. A partir del viraje de 1920 el juego infantil se presenta como uno de los fenómenos que ponen en cuestión la primacía de este principio dado que se introduce como una de las manifestaciones de la compulsión de repetición. Considero que esto que inicialmente se presenta como un desvío teórico más bien da cuenta de la insistencia pulsional en el juego¹.

A los fines de ejemplificar esto Freud se vale de un juego que observa en su nieto: el famoso fort-da. Por un lado, en el arrojar y recuperar el carretel se traza el mecanismo de la alternancia. Pero en tanto en el juego de miradas la alternancia no se sostiene sobre un objeto fuerza a buscar otro punto de apoyo, ir más allá del fort-da. A los fines de

¹ Jaime Fernández Miranda en “Entre el juego y la palabra” (2025) propone pensar el juego desde una doble vertiente: la creatividad y la repetición. De esta forma alude a dos autores fundamentales del psicoanálisis, Donald Winnicott y Sigmund Freud. Ambas caras son modos de hacer con la extranjería, la creatividad respecto del mundo externo y por medio de la repetición de lo pulsional, aquello que siendo interno no pierde carácter de ajeno.

pensar esta diferencia me remito a otro punto del mismo texto, a un pie de página donde se esconde una observación de Freud respecto al juego de su nieto que se diferencia de las anteriores, en esta el mecanismo de la alternancia prescinde del objeto materializándose en los cuerpos mismos:

Esta interpretación fue certificada plenamente después por otra observación. Un día que la madre había estado ausente muchas horas, fue saludada a su regreso con esta comunicación: «¡Bebé o-o-o-o!»; primero esto resultó incomprensible, pero pronto se pudo comprobar que durante esa larga soledad *el niño había encontrado un medio para hacerse desaparecer a sí mismo*. Descubrió su imagen en el espejo del vestuario, que llegaba casi hasta el suelo, y luego le hurtó el cuerpo de manera tal que la imagen del espejo «se fue». (Freud, Más allá del principio del placer, pág 15).

Lo que me interesa destacar en esta observación es la forma en la que el niño mismo es tomado en esa alternancia, donde ya no es operar sobre un objeto, sino que frente a la ausencia de la madre la imagen pasa a ser sede de la intermitencia: se pierde, ya que el espejo más que reflejar la imagen se la roba.

Considero que ese último punto es central ya que permite ir trazando diferencias, por un lado, señala que lo que desaparece es la imagen del niño, no su cuerpo, marcando de esta forma una diferencia entre cuerpo e imagen a la que volveremos más adelante. Por el otro, destaca que la imagen no es algo inmanente, sino que depende de la presencia de la madre, es con su ausencia que puede desaparecer.

El interés en esta observación radica en que justamente nos permite leer de otra forma el juego de miradas; a partir de esto es posible sostener que la alternancia se ubica en la presencia – ausencia de la mirada del otro implicando la aparición y desaparición de la imagen del cuerpo. Es con la ausencia de la mirada del otro en tanto sostén que la imagen puede perderse.

Considero que tanto el juego de miradas como la observación freudiana permiten ubicar una función del jugar que antecede a la función de simbolización de la ausencia. Me atrevo a sostener que justamente esta antecendencia se ubica como condición de posibilidad para que esta modalidad tantas veces destacada pueda presentarse. En este punto considero que los juegos que siguieron al juego de miradas permiten dar cuenta de esto, ya que este juego en determinado momento se perdió dando lugar a juegos tales como el tatetí, el ahorcado, el tutti-frutti. Estos juegos iban acompañados de relatos, situaciones del fin de semana, de cuando era pequeña, planes respecto a su próximo cumpleaños, entre otros. No solo cambió la modalidad del juego, sino que apareció la posibilidad de situarse en su relato en relación a otros, en determinado tiempo y espacio, algo que inicialmente no se presentaba.

A partir de esto propongo como hipótesis que tanto en el juego de miradas como en la observación freudiana no se simboliza la ausencia, sino que se inscribe su posibilidad, se juega con la posibilidad de perder esa presencia que es el sostén fundamental de la relación con la imagen. Esto siempre y cuando la pérdida esté acompañada del reencuentro, es decir enmarcada en la alternancia presencia-ausencia.

El análisis realizado hasta aquí pone de relieve dos puntos centrales a los que nos abocaremos en diferentes apartados: la presencia del otro y la imagen.

2- La mirada como esbozo de la presencia del otro

Como he señalado en el apartado anterior tanto la observación freudiana como el juego de miradas aluden a la presencia del otro como sostén de la imagen del cuerpo. La particularidad que ambos ponen de relieve es que dicha presencia tiene un estatuto corporal, es la presencia ausencia de la madre como cuerpo y de la mirada en el caso del juego. Esta modalidad de presencia es la que me interesa interrogar en este apartado, ya que en ambos es el fundamento de la relación con la imagen.

Para comenzar a esbozar el estatuto de esta presencia me remito a Donald Winnicott (1971) de quien propongo tomar el concepto de madre suficientemente buena y de sostén. Ambos se plantean de forma articulada y podemos ubicar que Winnicott llega a los mismos por medio de su teorización del jugar. La razón por la que retomo esto se debe a que justamente Winnicott señala que la madre responde y brinda sostén con su cuerpo.

La madre suficientemente buena es aquella que puede identificarse con el bebé para responder de forma adecuada a sus necesidades, proponiendo los objetos en el momento y lugar justos de forma de sostener en el niño la ilusión de que ha sido él quien los ha creado, posición de la cual luego ella misma comienza a desilusionar. Lo que me interesa destacar es que justamente ella responde a las necesidades del niño con su presencia corporal. Es por medio de esta presencia que la madre se ubica como sostén del niño, posición que es necesaria para que pueda desplegarse esa zona intermedia donde se ubica el juego. Amorós O. (2017), autor al que me referiré más adelante, plantea que la madre debe dejarse usar y sobrevivir a ese uso, debe poder tolerar quedar en ese lugar de objeto.

Otro elemento que me parece importante situar es que Winnicott no limita esta modalidad a la madre sino que la aplica también para pensar el lugar del analista.

Esto implica considerar no solo lo que dice sino la disposición de su cuerpo, lo cual rompe con la figura del analista reducido a la función de interpretar. Conlleva dejarse tomar, disponer el cuerpo como objeto para que en términos de Winnicott pueda emerger la creatividad del lado del analizante. Considero que estos puntos cobran mayor

relevancia en la práctica con niños ya que dicha presencia está tomada en el jugar, en ese hacer. Es el cuerpo del analista el que se presta a la escena que el niño plantea, retomando la afirmación de Winnicott (1971, pág. 69) ¿Sería posible que el niño juegue si el analista no se mostrará juguetero?

Amorós O. (2017) retoma los planteos de Winnicott mencionados anteriormente a partir de los cuales va a sostener la existencia de una dimensión fundamental del Otro: su materialidad corporal. Es interesante porque ubica que en la misma enseñanza de Lacan, precisamente en el seminario 20, se encuentra este estatuto del Otro como cuerpo. Esta apoyatura en Winnicott y en Lacan es lo que le permite pensar la presencia del otro a partir de la doble materialidad del Otro: La materialidad significativa, el Otro entendido en términos de tesoro significativo, pero también bajo la materialidad del cuerpo que sostiene.

A partir de este estatuto del Otro Amorós propone pensar tanto los tiempos de la constitución subjetiva como los del análisis, es decir que operan tanto para pensar las figuras primordiales como el lugar del analista. Lo que me interesa señalar es que ubica una antecendencia de la materialidad del cuerpo respecto a la significativa que se debe justamente a que el cuerpo es el que sostiene, el que se ofrece para responder a las necesidades del niño, el que se deja usar.

Otro autor que nos permite pensar estas materialidades en su articulación es Rodolfo R. quien en “El niño y el significativo” (1998) propone pensar el cuerpo de la madre como lugar donde se sostiene el mito familiar. El mito es el entramado significativo que preexiste al nacimiento del niño y es en el cuerpo de la madre que el niño lo va a encontrar, en la forma en que ese cuerpo lo sostiene, en la disposición que adopta para cuidarlo, en la prosodia con la que le habla y en las palabras con que lo nombra.

El recorrido por estos autores permite delimitar el estatuto de la presencia del otro a partir del entramado de la materialidad del cuerpo y el significativo. Esta articulación permite leer como el Otro se juega en esa presencia. De esta forma si ahora retomamos el juego que guía este ensayo, la mirada puede ser leída como esbozo de la presencia del Otro, como la puesta en acto de la materialidad del cuerpo que se plantea como dimensión esencial, fundamento del sostén que el Otro brinda.

Pensarla en estos términos me permite sostener que al trazarse la alternancia sobre la mirada del otro se juega con la posibilidad de prescindir por momentos de la presencia del Otro como sostén. Este punto remite a la hipótesis fundamental que sostengo como fundamento del juego de miradas, donde el jugar está en relación a esa presencia, donde se busca constituir su ausencia a condición de luego volverla a encontrar. No es simbolizar algo ausente sino poder construir esa ausencia como tal. En función de lo señalado me interesa subrayar que tanto la ausencia de la mirada como el ritmo que

escandía su alternancia eran dispuestos por la niña en el juego. Considero que esto permite acentuar algo que señala Amorós respecto a la materialidad del cuerpo, el hecho de que esta presencia del cuerpo vale en tanto es el niño quien dispone de ella, quien la usa, teniendo como correlato que el otro se deje usar.

3- La presencia como fundamento de la construcción del cuerpo

A partir de delimitar el estatuto de la presencia del otro, del sostén que su cuerpo constituye, me interesa trabajar en este apartado su relación con la imagen del cuerpo. Retomando el juego de miradas he señalado que este plantea un elemento enigmático, el mecanismo de la alternancia se sostiene sobre la mirada, es una escondida que se sostiene esquivando la mirada del otro. A partir de la observación freudiana de 1920 me interesa pensar que, al esquivar la mirada del otro, al fundar su ausencia, lo que se pierde es la imagen construyendo un escondite.

Considero que esto nos permite leer cómo se traza una relación entre la presencia del otro y la imagen del cuerpo, ¿Cómo puede ser la ausencia de la mirada del otro el fundamento de un escondite? y a la inversa, ¿Cómo es posible que la mirada del otro sea lo que sostiene la presencia de la imagen?

La observación de 1920 que he mencionado pone en tensión dicha relación, señalando la relación entre la presencia del otro y la imagen del cuerpo del niño. Freud subraya que frente a la ausencia materna cambia la relación del niño con el espejo, este deja de ser aquel que le devuelve el reflejo de su propio cuerpo. Persiste la materialidad del cuerpo pero se pierde el reflejo en función del cual el niño se reconoce como presente, ya que no podemos pasar por alto el hecho de que se nombra como habiendo desaparecido en el enunciado “Bebe Oo”. ¿Qué de la madre es lo que se ausenta? Retomando lo planteado en apartados anteriores respecto me atrevo a decir que es su presencia en tanto sostén corporal lo que se desvanece, es la mirada de la madre en tanto que soporte, su voz en tanto que tranquiliza, hay algo de esa materialidad que señalaba Amorós que se pierde en ese instante y junto a ella lo que se desvanece no es el cuerpo del niño sino su imagen.

Los puntos que tanto esta observación como el juego de miradas ponen en tensión remiten a la presencia del otro como sostén de la relación entre el cuerpo y la imagen. Para pensar esto me remito al trabajo de Lacan “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949), la escena del estadio del espejo es lo que le permite sostener que lo que unifica e integra el cuerpo del niño es la imagen reflejada a la que se identifica, produciendo un salto que va de la insuficiencia a la anticipación. Justamente esta identificación es lo que

le posibilita al bebe adelantarse a las posibilidades reales, o más bien biológicas, de su cuerpo.

En dicha escena Lacan señala un elemento que es central para que se produzca esa relación entre el cuerpo y la imagen, el niño cuenta con un otro que lo sostiene y al cual se gira buscando la afirmación de que esa imagen del espejo le pertenece. En años posteriores de su enseñanza Lacan retoma esta escena enfatizando dicho movimiento y el estatuto de esa presencia, ya que este de esta forma da cuenta de que no hay una identificación inmediata a la imagen, sino que hay una mediación dada por quien lo sostiene:

Con ese movimiento de mutación de la cabeza que se vuelve hacia el adulto como para apelar a su asentimiento y luego de nuevo hacia la imagen, *parece pedir a quien lo sostiene -y que representa aquí al Otro con mayúscula- que ratifique el valor de esta imagen.* (Lacan, Seminario 10, La angustia, 2006, pág. 42)

Considero que este punto es central para dar cuenta que el sentimiento de propiedad que signa el vínculo con la “propia” imagen, en realidad es dado por la presencia y el reconocimiento del Otro. En este punto considero que se justifica el rodeo hecho anteriormente respecto a la presencia del otro, ya que la cita permite leer que esta presencia es el sostén de la relación especular, es el cuerpo que sostiene el que representa al Otro. La cita me parece una clave fundamental ya que encontramos ahí lo desarrollado respecto a la doble materialidad de esta presencia, en tanto Lacan señala ahí que quien sostiene representa al Otro. El Otro como tesoro de los significantes y como cuerpo, articulación que se pone en acto al ratificar el valor de esa imagen.

Me interesa señalar que mientras la imagen es virtual, tal como lo señala Lacan, tanto quien sostiene como ese niño que reposa en sus brazos implican la materialidad del cuerpo. De esta forma es posible trazar una diferencia entre el cuerpo y la imagen, diferencia que vuelve imposible reducir ambos pero que me lleva a preguntarme por su relación.

En este punto me interesa retomar el juego de miradas para pensar la mirada como manifestación de la presencia del otro, donde su importancia radica en el sostén que brinda, sostén que opera como fundamento de la relación con la imagen. Inicialmente cuando pensaba en ella me inclinaba ubicarla a nivel del espejo, la mirada era lo que le devolvía el reflejo a la niña de su cuerpo, era en el juego que podía reflejarse, jugar con la imagen que el otro le devolvía. Al pensarlo en esos términos me centraba en la imagen dejando por fuera el fundamento de la misma, esa figura fundamental que Lacan señala en la escena y que a lo largo de este trabajo hemos venido delimitando. A partir de este recorrido me inclino a pensar que lo que en realidad allí se juega es algo más

fundamental, la mirada en este juego da cuenta del sostén que el otro brinda. Ese ser mirado vale como presencia del otro, como elemento que da cuenta de ese sostén fundamental que justamente posibilita el andamiaje especular, que permite que el cuerpo pueda tener una imagen. Ahora bien, justamente el juego juega con la posibilidad de prescindir de ese soporte, perderlo para volverlo a encontrar.

4- Funciones del jugar: El cuerpo y la imagen

He propuesto ubicar en el juego de miradas una función del jugar que antecede a la simbolización de la ausencia, justamente la hipótesis que guía este ensayo es que se juega con la posibilidad de prescindir de esa presencia fundamental. La particularidad de este juego, así como de la observación freudiana, es que la alternancia de esta presencia pone en evidencia su relación fundamental con la imagen del cuerpo. En este apartado me interesa retomar la diferencia marcada anteriormente respecto al cuerpo y a la imagen para pensar distinciones en las funciones del jugar.

La antecendencia del jugar que aquí se aborda pone en tensión la relación entre la presencia y la imagen, demostrando el carácter trascendente de esta imagen que finalmente depende del reconocimiento del Otro.

Ahora bien, esta no es la única función del jugar que podemos designar como precedente respecto a la simbolización de la ausencia. Rodolfo R. en “El niño y el signifiante” (1998) aborda diferentes funciones del jugar que están en relación a la libidinización del cuerpo y que ubica como condición de posibilidad para que pueda sostenerse la simbolización. Dicho autor señala como en el jugar, en el encuentro con el otro que caracteriza a esta experiencia infantil, el cuerpo del niño se arma como una superficie continua y posteriormente se entrena en la distinción contenido-continente. Retomo esto, porque a partir de la diferencia trabajada anteriormente entre cuerpo e imagen podemos observar como esta se plasma en las funciones del jugar, donde lo especular corre por una vía diferente de aquella que sostiene la libidinización del cuerpo.

Conclusión

El juego de miradas ha permitido pensar un jugar donde el mecanismo de la alternancia presencia – ausencia no reposa en un objeto sino en la mirada del otro, ausencia cuyo correlato era el escondite, es decir la pérdida de la imagen del cuerpo. A partir de esto que se presenta como una particularidad del juego se ha vuelto necesario retomar “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920) en la búsqueda de una lectura que vaya más allá del jugar entendido únicamente como simbolización de la ausencia.

En este punto la observación freudiana escondida en un pie de página ha sido la clave fundamental para abordar este juego. En ella podemos leer la relación entre la presencia de la madre y la imagen del cuerpo del niño, punto donde la presencia materna demuestra ser el sostén central de la relación especular. Es a partir de la ausencia de la madre que la relación del niño con el espejo cambia pasando a nombrarse como ausente.

A partir de esto he propuesto como hipótesis central pensar que en el juego de miradas se juega con la posibilidad de perder el sostén de la mirada del otro, perderlo a condición de poder volverlo a encontrar. Considero que el hecho de que esto se desarrolle en un juego, es decir signado por el mecanismo de la alternancia, es lo que permite que la pérdida de la imagen no sea devastadora, sino que pueda traducirse como escondite. Un escondite que está destinado al reencuentro. Me atrevo a sostener que si la pérdida de la imagen no contara con su reaparición, si no tuviera como correlato justamente la alternancia presencia – ausencia, si la mirada del otro se ausentara por completo, este juego no estaría signado por la risa que marcaba las intermitencias.

A partir de la articulación entre la observación freudiana y el juego de miradas ha sido posible sostener la relación fundamental entre la presencia del otro y el entramado cuerpo e imagen. Estos han sido los elementos conceptuales que han marcado el recorrido de este escrito; donde respecto a la particularidad del juego de miradas se ha propuesto considerar la mirada del otro como esbozo de la presencia del otro, como el sostén fundamental de la imagen del cuerpo. Como señalamos al retomar el planteo de Lacan respecto al estadio del espejo, dicha presencia es la que reconoce y afirma sobre la propiedad de la imagen. A partir de esto es que considero posible sostener que con la ausencia de dicha presencia la imagen puede ser algo que se pierde, que se desvanece, ya que no es inmanente al cuerpo.

A lo largo de este recorrido se ha aludido de forma tangencial a algunos conceptos tales como juego, constitución subjetiva, libidinización del cuerpo, entre otros, que dado los límites impuestos al trabajo no han podido ser abordados en profundidad.

Por otro lado, algo que ha insistido a lo largo de este ensayo ha sido la diferencia entre cuerpo e imagen. La imposibilidad de equiparar estos elementos se desprende tanto del análisis teórico del estadio del espejo, como del juego de miradas y la

observación freudiana. A su vez, el apartado donde se ha abordado la presencia del otro desde los diferentes autores ha puesto en evidencia el lugar del cuerpo como sostén, donde justamente se destaca la disposición que este adopta, la forma en que se ofrece para sostener al niño tanto en los tiempos de la constitución subjetiva, así como durante el análisis. A partir de esto considero que es posible sostener que la materialidad del cuerpo demuestra ser irreductible a la virtualidad de la imagen; esta vía de análisis la dejó planteada para abordar a futuro, tanto la pregunta por las particularidades de cada una, así como por su relación.

Para finalizar, me interesa señalar que la función del juego trabajada en este ensayo, aquella donde se juega sobre la relación entre a la presencia del otro y la imagen, no es la única función que antecede a la función del jugar respecto a la simbolización de la ausencia. Retomando la diferencia entre cuerpo e imagen considero que es posible sostener que esto se plasma en dos funciones diferentes del jugar. En lo que respecta a la materialidad del cuerpo del niño podemos ubicar a partir del trabajo de Rodolfo R (1998) una función del jugar donde se realiza la libidinización del cuerpo, donde el cuerpo se arma jugando. Esta función del jugar se diferencia de la que aquí ha sido trabajada en tanto prima la materialidad del cuerpo. De esta forma en el jugar mismo se ilustra la diferencia entre cuerpo e imagen. Considero que la pregunta situada anteriormente respecto a la diferencia y articulación entre estos elementos sería algo abordar también al interior del juego.

Bibliografía

Amorós, O. (2017). *El cuerpo del analista*. Rosario: Otro cauce.

Freud, S. (1907). El creador literario y el fantaseo. En S. Freud, *Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer . En S. Freud, *Tomo XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos 1* (págs. 99-105). Buenos Aires: Siglo Veintiuno .

Lacan, J. (2006). *Seminario 10, La angustia*. Paidós.

Miranda, J. F. (2025). *Entre el juego y la palabra*. Rosario: Laborde.

Rodulfo, R. (1998). *El niño y el significante* . Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.